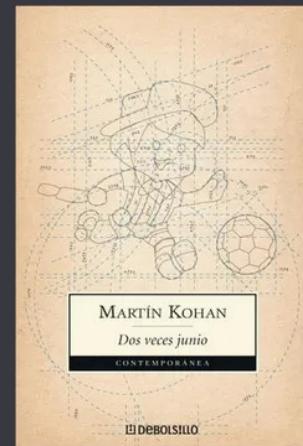




Visita al territorio de Martín Kohan



La Escalera

Lugar de lecturas

Diez del seis

Cuatrocientos noventa y siete

I

El cuaderno de notas estaba abierto, en medio de la mesa. Había una sola frase escrita en esas dos páginas que quedaban a la vista. Decía: «¿A partir de qué edad se puede empesar a torturar a un niño?».

II

Suponíamos con razón que, habiendo números de por medio, se trataba de una simple cuestión de azar. Claro que muchas veces la ciencia se vale también de cifras, y los números sirven a los cálculos más racionales. Aquí, sin embargo, se trataba de un sorteo, y en los números no se jugaba otra cosa que la suerte.

III

Descubrí que, al lado del cuaderno de notas, estaba la birome con la que esa nota había sido escrita. Una birome rota en el extremo, evidentemente porque alguien descargaba sus nervios mordiendo el plástico ingrato. Tomé esa birome, tratando de no tocar la parte rota: tal vez estuviera húmeda todavía. Mi pulso por entonces ya era bueno. Era capaz de enhebrar un hilo hasta en las agujas más pequeñas. Por eso pude agregar el trazo faltante a la letra ese, y que no se notara que había habido una corrección posterior. Desde siempre parecía haber sido una zeta, tal la gracia de la colita que yo adosé en la parte de abajo de la letra. Ahora la ese era una zeta, como corresponde.

Pocas cosas me contrarían tanto como las faltas de ortografía.

IV

La radio dijo: «número de orden». «Seiscientos cuarenta.»

Seiscientos cuarenta era yo.

La radio dijo: «sorteo». Y dijo: «cuatrocientos noventa y siete».

Nos miramos. Se hizo un silencio. La radio seguía, pero con otros números que ya no teníamos que escuchar. Habíamos estado ahí desde las siete menos diez de la mañana, cuando todavía era de noche.

Mi padre dijo: «Tierra».

Mi madre dijo: «A mí se me mezclan los números. Me parece que el tuyo es el

que habían dicho antes. No sé bien cuál era. Me parece que era uno bajito».

Mi padre dijo que él se sentía muy orgulloso. Y era verdad: tenía en los ojos un brillo como de lágrimas que no iban a salir.

V

Dejé el cuaderno donde estaba, abierto en esas mismas páginas, en medio de la mesa. Al lado del cuaderno dejé la birome. No había en esa mesa nada más, excepto el teléfono. Y no había en esa habitación otra cosa que la mesa, la mesa con el teléfono, el cuaderno, la birome, y además de la mesa dos sillas, una de las cuales yo ocupaba, y por último un cesto de papeles que estaba vacío. Pero de repente, sin ningún motivo, me sentí observado. Sabía que en realidad nadie me observaba, que la puerta estaba cerrada y la única ventana que había daba absurdamente a un muro mugriento. Me sentí observado y era solamente una impresión que yo tenía. En la pared había un crucifijo, y a mí me parecía que Cristo me miraba. Debajo del crucifijo había un cuadro de San Martín envuelto en la bandera, y a mí me parecía que San Martín me miraba. Cristo tenía los ojos para arriba, seguramente era el momento en que le preguntaba al padre que por qué lo había abandonado. Y sin embargo, yo tenía la sensación de que me miraba a mí. San Martín miraba para el costado, de reojo, torciendo la vista pero no la cara, como si algo inesperado lo hubiese distraído justo en el momento en que le sacaban la foto (aunque no se tratara de una foto). Miraba para el costado, pero yo tenía la sensación de que me miraba a mí.

También el teléfono de pronto me intimidó. Sé que su mérito consiste en trasladar los sonidos a distancia: los sonidos, y no las imágenes. Pero tenía el poder de acercar a alguien que estuviese ausente, que estuviese lejos, y en cierto modo hacerlo entrar en esa habitación perfectamente cerrada. Por eso, aunque se tratara de un teléfono, y aunque ese teléfono estuviese colgado y mudo, me daba la impresión, por el solo hecho de estar ese aparato ahí, de que alguien podía observarme. Me daba la impresión, y poco importa que la idea no tuviese sentido, de que alguien podía haberme visto corregir la frase del cuaderno, agregarle a la ese el trazo que le faltaba para convertirse en una zeta, que era como tenía que ser.

VI

Al día siguiente compramos el diario. Mi madre no había dejado de decir que el recitado de los números en la radio se había vuelto confuso y que no era seguro qué número venía después de cuál, ni qué número correspondía a qué número.

Por eso compramos el diario al día siguiente. Mi madre dijo: «Con el diario vamos a saber».

Apoyó una regla debajo del número seiscientos cuarenta. Seiscientos cuarenta era yo. Con el dedo siguió la línea que la llevaba a la columna del sorteo. Con el dedo, y después con la patilla de los anteojos (ella se sacaba los anteojos para ver de cerca), y después con un lápiz negro de punta bien afilada, siguió la línea que la llevaba de una columna a la otra. Y todas las veces encontró el número cuatrocientos noventa y siete.

Entonces mi padre dijo: «Tierra». Y entonces mi madre dijo: «¡Mi soldadito!», llorando de emoción.

VII

Tal vez yo había obrado mal, y por eso me sentía observado. Era la impresión que me daba el sentimiento de culpa. Cuando uno obra mal se siente mirado, no importa cuán solo se encuentre. Y yo acaso había obrado mal. La nota del cuaderno podía haberla escrito Torres, el sargento, o en todo caso Leiva, el cabo, que era lo que en verdad yo presentía, porque lo veía menos instruido y con menos luces. De cualquier modo, yo no tenía ningún derecho a corregir a un superior, fuese quien fuese, ni tampoco a otro soldado, porque yo no valía más que ese otro soldado, incluso cuando la razón estuviese de mi parte. Yo podía saber bien las reglas ortográficas, y el que había escrito la nota podía ignorarlas. De hecho, en una frase tan breve, en una frase tan simple, había cometido un error de consideración. Pero eso no me daba derecho a corregirlo, ni tenía por eso que sentirme superior, porque yo en ese lugar no era un superior, era un subordinado.

VIII

Recuerdo que mi padre dijo: «Los milicos son gente de reglas claras». La primera de esas reglas establecía: «El superior siempre tiene razón, y más aún cuando no la tiene». Recuerdo que me dijo que entendiera bien eso, porque si entendía eso, entendía todo.

IX

A poco de hacerse de noche, empezaron los dolores. Una mujer sabe siempre lo que pasa con su cuerpo. Ella nunca había pasado por esto, era la primera vez; pero no bien empezaron los primeros dolores, los más leves, entendió que iba a llegar. Supo que iba a llegar esa misma noche, si es que de veras era de noche y ella no se equivocaba en sus cálculos.

X

En el servicio militar, decía siempre mi padre, las reglas eran bien simples: «A todo lo que se mueve, se lo saluda; y a todo lo que está quieto, se lo pinta». Sabiendo eso, se sabía todo, y no había por qué meterse en problemas.

XI

Pensé en borrar el trazo que había agregado a la frase escrita en el cuaderno, para que las cosas quedaran como estaban antes. Una ese o una zeta, al fin de cuentas, no cambiaba el sentido de la frase. Pero la idea era absurda: por empezar, no tenía a mano una goma de borrar. Y además, era imposible borrar una letra, o media letra, sin dejar marcas en la hoja del cuaderno. Se trataba de una hoja de muy mala calidad, así que lo más probable era que, en el intento de borrar, se rompiera. Eso sí habría sido grave, porque la frase tenía que leerse con toda claridad, sin manchas ni rasgaduras, sin ningún borroneo.

XII

Mi padre era un hombre muy dado a contar anécdotas. Muchas de esas anécdotas, como suele ocurrir, provenían de sus ya lejanos quince meses de servicio militar, y apenas se supo con certeza que el número que me había tocado en suerte era el cuatrocientos noventa y siete, todas ellas volvieron a ser contadas, una por una, como por primera vez.

Había una que refería una formación matinal en el patio del cuartel. Unos treinta soldados en ropa de fajina y en posición de firmes. Y un teniente coronel, cuyo nombre mi padre se esforzó inútilmente por traer a su memoria, pasando revista. En un momento determinado, el teniente coronel pregunta a toda voz: «¡Soldados! ¿Quién de ustedes sabe escribir bien a máquina?». Y agrega: «El que sabe escribir bien a máquina, que dé un paso al frente». Por un instante, nadie dice nada. Hay que ver qué significa exactamente escribir «bien» para el teniente coronel. Por fin, casi en el extremo de la fila, un pelirrojo pecoso que no mide más que un metro y medio da un paso adelante y exclama: «¡Yo, mi teniente coronel!». El teniente coronel se le acerca y a los gritos lo interroga: «¿Usted, soldado, sabe escribir bien a máquina?». El soldado exclama: «¡Sí, mi teniente coronel!». «Bueno», le dice el teniente coronel, «agarre ese balde y ese cepillo que ve allá, y en una hora me limpia bien las letrinas del regimiento».

Mi padre sacaba una moraleja de esta historia: en el servicio militar, conviene no saber nunca nada. Me aconsejó que aprendiera esa lección elemental. «No hay que actuar como los judíos», me dijo, «que siempre quieren hacer ver que saben todo».

XIII

Sin tener ninguna seguridad de que alguien fuera a escucharla, avisó:

«Ya viene». Lo dijo en voz alta, por si acaso no estaba totalmente sola; pero también lo dijo como para sí misma, en ese punto remoto de la conciencia y del olvido en el que la voz alta y la voz baja ya no se distinguen bien, ni se distinguen bien tampoco lo que se dice hacia afuera y lo que se dice para adentro.

De todas formas, la noche estaba tan callada a esa hora, que en algún punto indefinible de las puertas y los pasillos, alguien la escuchó. De lejos se oyó una voz que le respondía: «Avisá cuando te duela cada cinco minutos».

El que le dijo eso debía saber que ella no tenía un reloj, y que de haber tenido un reloj, no tenía forma de mirarlo. Pero cinco minutos equivalían a trescientos segundos, y ella había aprendido a medir el paso de los segundos sin apuro y sin retardo. Era más fácil medir el paso de los segundos que el paso de las horas, y era más fácil medir el paso de las horas que el paso de los días.

Se puso a calcular los minutos de cada intervalo. Sólo los flujos del dolor le hacían perder la cuenta. Pese a todo, supo cuándo llegaba el momento. Y entonces volvió a avisar: «Ya viene».

XIV

Lo mejor, me dije, era dejar las cosas como estaban. Fuera quien fuese el que había escrito esa nota en el cuaderno, ni siquiera se daría cuenta de que había sido corregido. No tendría ni tanta memoria ni tanta capacidad de observación para darse cuenta, porque esas carencias eran justamente las que lo habían llevado a cometer el error. Y si, por una de esas cosas, llegaba a notar lo ocurrido, lo más probable es que no dijera nada al respecto. Ni siquiera a un hombre como el cabo Leiva le gustaba pasar por bruto, aunque lo fuera.

XV

Mi padre me contó que había un militar que tenía este lema: «Al pedo, pero temprano». Me dijo que esa consigna ilustraba bastante bien el modo de razonar de los militares. Después insistió mucho en que no fuera a mencionar esta anécdota a nadie en la conscripción, ni siquiera a los compañeros. «Vos calladito», me dijo, y me guiñó un ojo.

XVI

En ese cuaderno de notas sólo se registraban los mensajes importantes. Por eso estaba siempre al lado del teléfono, y en la mesa no había ninguna otra cosa. Estaba

terminantemente prohibido hacer cualquier anotación que no estuviera referida a las consultas o los avisos enviados desde las otras unidades. Algunos días pasaban sin que se recogiera ningún mensaje. El único que se había recibido aquel día era ese que mencionaba el asunto médico.

XVII

No tenía que creer en lo que oía: no era cierto que una mujer pariendo fuese igual que una perra pariendo, ni era cierto que su chiquito le hubiese nacido muerto, porque ella lo estaba oyendo llorar.

XVIII

Unas cuantas comunicaciones eran anodinas, puramente operativas. Otras, sin dejar de ser operativas, solicitaban mayor reserva. La que aquel día se encontraba en el cuaderno de notas exigía, evidentemente, una considerable discreción.

Yo le debía a la generosa confianza que me obsequiaba el doctor Mesiano la posibilidad de acceder a este tipo de consultas técnicas, partes de la realidad en las que un saber abstracto encontraba su aplicación y su utilidad en lo concreto.

XIX

Le arrimaron un balde y un trapo, y le ordenaron que limpiara lo que había hecho. Entre risas la vieron fregar los líquidos de su cuerpo. «La placenta metela nomás en el balde», le dijo uno, seguramente el que jugaba con la tijera que antes había servido para cortar el cordón.

XX

Mi padre me dijo que los militares tenían, a su manera, algún sentido del humor. Una broma muy frecuente en el servicio militar consistía en lo siguiente: se formaba a la tropa y se la arengaba acerca de los males que traía la masturbación en exceso. Luego venía la advertencia: «Al que se hace mucho la paja, le salen pelos en la palma de la mano».

Nunca faltaba quien, en ese momento, no podía resistir la tentación de verificar el estado de la palma de su mano. A ése le tocaban todas las pullas y las carcajadas, a veces por el resto del año.

Mi padre me encomió no incurrir en ese instante en el atisbo de mis palmas, mantener la vista al frente y las manos pegadas al cuerpo en posición de firme; así podría yo también, en lo sucesivo, participar de la diversión.

XXI

El hedor del trapo extendido no dejaba de mortificarla, pero puesto encima del balde al menos tapaba los olores del cuerpo. Era un poco como aquellos que, en las noches sobre todo, se ponían a gritar, para no tener que escuchar más gritos.

XXII

Pasada la instrucción, lo mejor era que me destinaran a una oficina, o que me pusieran como chofer de algún oficial. Era lo más cómodo y lo más tranquilo. Existía, incluso, una tradición, según la cual el chofer de un oficial terminaba acostándose con su mujer y hasta con alguna de sus hijas. Mi padre dijo que esta regla contaba con pocas excepciones.

XXIII

Dejé el cuaderno de notas bien abierto y en un lugar bien visible, delante del teléfono y un poco inclinado, porque entendí que el mensaje de aquel día tenía bastante importancia.

XXIV

Pensó un nombre por si había nacido varón, y otro nombre por si había nacido mujer, sin saber si esos nombres quedarían o serían despojados.

Fue varón, y se llamó Guillermo.

Ciento veintiocho

I

En eso se abrió la puerta y entró el sargento Torres. Sin dar las buenas tardes, me preguntó si había alguna novedad. Le dije: «Sí, mi sargento», y le señalé el cuaderno abierto en medio de la mesa. Mientras se sacaba el abrigo y lo colgaba del respaldo de la silla, el sargento Torres me preguntó de qué se trataba la comunicación. Le respondí que no sabía, porque no era yo quien la había recibido. Entonces él se acercó y, todavía de pie, apoyando las dos manos a los costados del cuaderno, leyó lo que estaba anotado. El sargento Torres era una de esas personas que no leen silenciosamente. Era una de esas personas que, cuando leen, incluso estando solas, murmuran lo que están leyendo, y esta vez permitió que yo lo oyera.

Luego se quedó pensativo. Dio la vuelta en torno a la mesa y se sentó enfrente de mí. Después de un rato me dijo: «¿Usted qué piensa, soldado?». «Qué pienso de qué, mi sargento», dije yo. «Para usted, soldado», dijo el sargento, «¿a partir de qué edad se puede comenzar a proceder con un niño?». «Desconozco, mi sargento», dije yo. «Ya sé que desconoce, soldado, pero yo le pregunto qué piensa». Dejé pasar un instante y le propuse: «A partir del momento en que la Patria lo requiera».

Fue una respuesta acaso demasiado genérica; pero, a mi modo de ver, dejó conforme al sargento Torres.

II

El doctor Mesiano tenía un solo hijo: se llamaba Sergio, y tenía cuatro años menos que yo. En otras etapas de la vida, cuatro años no representan una diferencia tan importante. Pero sí la había entre nosotros: él apenas comenzaba su colegio secundario, y yo ya era un soldado argentino. Supongo que me admiraba. Creía que, en el caso de que hubiese una guerra, yo podía ser un héroe, y él no.

III

«Sin embargo», reflexionó el sargento Torres, «habría que empezar con chicos que ya sepan hablar. Antes de que sepan hablar, sería un esfuerzo inútil». Razonó que de un chico que todavía no habla no se puede obtener nada. Por mucho que se insista, no va a hablar, no va a hablar ni aunque quiera. «Porque todavía no sabe».

Dicho esto, el sargento consultó mi opinión. Le dije que estaba en un todo de acuerdo con sus palabras. Entonces me preguntó a qué edad empiezan a hablar los

chicos. «Frases bien hechas», aclaró el sargento, «no ruidos con la boca».

Me vi obligado a admitir que desconocía esa información, aunque la misma formara parte de la vida de todos los días, eso a lo que se le llama «cultura general».

IV

A la señora del doctor Mesiano en ese tiempo nunca la vi. No quise indagar, de todas las cosas que se decían sobre ella, cuáles eran verdaderas y cuáles no. Versiones había muchas. Las más insistentes decían que la pobre sufría una enfermedad terminal y que no podía levantarse de la cama, donde se pudría silenciosamente. Otros decían que estaba postrada, pero sin agonizar; que no podía valerse por sí misma y para salir precisaba una silla de ruedas. Decían que ella —o su marido— no soportaba esa perspectiva y había preferido no salir nunca más. No faltaba quien dijera que a la señora del doctor Mesiano la aquejaban problemas mentales, y que por delicadeza le evitaban el trato con el mundo.

El doctor Mesiano nunca hablaba de estas cosas, y yo preferí no saber.

V

El doctor Padilla recomendó, ante todo para evitar un mal momento a los interesados, que nadie hiciera uso de la detenida, hasta tanto no pasaran unos treinta días desde el alumbramiento.

Aclaró que a sus palabras había que tomarlas como una recomendación general, pero que luego cada uno era dueño de su vida.

VI

«El problema de la infancia», postuló el sargento Torres, «es que se trata de una edad muy propensa a la fantasía». No pude menos que estar de acuerdo con esta observación. Los chicos juegan inventando mundos irreales, que pronto se les mezclan con el mundo real. «Por más que se los quiera obligar a decir la verdad, la pura verdad», siguió el sargento, «no se sabe nunca si lo que dicen no lo están inventando, lo inventan aunque no se lo propongan».

Tuve que admitir que también ignoraba cuál era la edad precisa en la que un niño deja de fabular involuntariamente.

VII

El doctor Padilla aclaró que el trato rectal con la detenida no debía traer consecuencias negativas, siempre y cuando se prescindiera en lo posible de efectuar

movimientos demasiado bruscos.

En esta clase de movimientos, sin embargo, radicaba el mayor interés de los muchos que la buscaban.

VIII

La única dificultad que tenía con el Ford Falcon es que traía la palanca en el volante. Yo estaba demasiado acostumbrado a la palanca al piso del Fiat 128 de mi padre. Por eso, en especial durante las primeras semanas, para hacer cada cambio llevaba sin querer la mano hacia abajo, tanteaba el vacío por unos segundos, y sólo entonces recordaba que en el Falcon los cambios había que hacerlos arriba. El doctor Mesiano se fastidiaba con esas vacilaciones mías, un poco porque el coche perdía firmeza en el andar, y un poco porque mis manotazos al aire volvían ridícula toda la situación. Con el tiempo me acostumbré, porque todo en la vida es cuestión de costumbre. Entonces pude apreciar que el Ford Falcon era un auto fuerte y duro, y que mi función de chofer del doctor Mesiano era un destino más que favorable para mis días de soldado.

IX

El doctor Padilla detectó un intenso silbido respiratorio y calculó la existencia de agua acumulada en los pulmones. Por tales motivos recomendó la suspensión temporal de las técnicas interrogativas de inmersión, siempre y cuando existiera la necesidad de preservar la vida de la detenida.

X

El sargento Torres me explicó que el hecho, bastante obvio por otra parte, de que un niño contara con una capacidad de resistencia sensiblemente inferior a la de un adulto, en nada afectaba la calidad del procedimiento. Esta ciencia consistía en llevar a cada persona hasta el límite de su capacidad de resistencia, fuera cual fuese esa capacidad de resistencia. El trabajo podía resultar incluso más sencillo cuando se trataba de niños, porque los tiempos eran más cortos y los resultados se obtenían más rápidamente.

XI

El doctor Padilla verificó el aumento de la arritmia, incluso en estado de reposo, y consideró que llegado ese punto existía un severo compromiso cardiovascular. En función de este diagnóstico, desaconsejó el empleo de técnicas interrogativas con

aplicación de corrientes eléctricas, al menos durante un par de semanas. Volvió a aclarar que hacía estas sugerencias para el caso de que hubiese algún interés en mantener viva a la detenida.

XII

Apenas pude enterarme de que, por el motivo que fuese, la señora del doctor Mesiano ya no salía de su habitación y no tenía contacto con nadie, y apenas conocí a Sergio, su único hijo, entendí que la regla general acerca de los choferes conscriptos y las esposas o las hijas de los oficiales tenía en mi caso una de sus pocas excepciones.

Tomé ese hecho con sumo agrado, porque muy prontamente le había cobrado afecto al doctor Mesiano, y verme envuelto en situaciones equívocas me habría provocado gran contrariedad.

XIII

Era una imagen en blanco y negro. Sólo si se prestaba atención al rostro se advertía que el de la foto era un chico que probablemente no pasaba de los diez años de edad. Y sólo si se prestaba atención a la boca se adivinaba el miedo. El resto de la imagen no correspondía a esa cara: el casco, las botas, el fusil que no pesaba, la prestancia erguida del soldado alemán.

Era una foto que el sargento Torres guardaba entre sus papeles. Me la alcanzó desde el otro lado de la mesa, por encima del teléfono callado y del cuaderno abierto, y me pidió que la observara con cuidado.

«¿Qué le sugiere?», me preguntó por fin. «Mi sargento», le dije, «entiendo que se trata de una foto tomada durante la Segunda Guerra Mundial». «Exactamente, soldado», aprobó el sargento Torres. «Y nos enseña que también los niños participan de las guerras.»

XIV

El doctor Padilla sugirió que los golpes que se aplicaran a la detenida preferentemente no estuviesen dirigidos a la zona abdominal. La cercanía temporal del alumbramiento aumentaba en gran medida las probabilidades de que se produjeran hemorragias difíciles de controlar.

En caso de que fuera necesario interrogar a la brevedad a la detenida, el doctor Padilla se inclinaba por el empleo de métodos de presión psicológica.

XV

Muchas veces se daban situaciones enojosas. Había ocurrido, por ejemplo, que un teniente se enteraba de los encuentros de un soldado con su señora. Más temprano que tarde, ese soldado era trasladado a algún destino hostil; casi siempre una base muy al sur, donde hace mucho frío. Pero también había pasado ciertas veces que un soldado, por lealtad o por desgano, se había resistido a los avances de la esposa de algún oficial. A ese soldado también le llegaba muy pronto la orden de traslado a un cuartel perdido en medio de la nada.

Por suerte, mi situación era muy otra. Yo sentía un gran orgullo por la manera en que el doctor Mesiano confiaba en mí, y por cómo los demás ya sabían que lo que le decían a él también me lo podían decir a mí.

Ciento dieciocho

I

Le bastaron dos minutos a ese médico para palparla, como quien toca un objeto inerte, y para soltar con indolencia sus recomendaciones. Todo lo hizo sin pedir que la desataran y en cierto modo sin considerar que estaba ahí.

Mientras, ella se puso a contar los segundos que pasaban. No llegó a ciento veinte.

II

Tal como lo supuse, el cabo Leiva era quien había tomado nota de la comunicación que figuraba en el cuaderno. Hablábamos con el sargento Torres sobre historias de guerra, cuando el cabo regresó. Traía un sándwich de milanesa envuelto en papel y una botella de litro de Coca-Cola.

Hasta entonces el sargento Torres no había mostrado ningún signo de disgusto. Pero apenas vio aparecer al cabo Leiva lo increpó de mala manera. «¿Qué es esto?», le dijo, sacudiendo el cuaderno de notas todavía abierto. «¿Qué es esto?» El cabo explicó que había ido a buscar alguna cosa para la cena, porque más tarde, con el partido, no iba a encontrar nada. «¿Y esto qué carajo es?», insistió el sargento Torres. El cabo lo escuchaba sin soltar el paquete ni la botella. Por un momento pensé que la botella se le iba a caer al piso y que a mí me iban a poner a juntar los pedazos de vidrio. «Una comunicación recibida en el día de la fecha, mi sargento», respondió sin firmeza el cabo Leiva. El sargento Torres pegó una trompada sobre la mesa y por poco no se cerró el cuaderno donde la comunicación se leía. Era conveniente, y nadie lo ignoraba, no hacer enojar al sargento Torres. Ahora rugía sus palabras. «¡Cabo Leiva!», bramó, «¡ésta no es manera de registrar una comunicación!». Lo mejor era no decir nada, y el cabo Leiva por fortuna lo tenía muy presente. Se quedó callado, el paquete graso en una mano, la botella en la otra, acatando los reproches del sargento. Dijo el sargento que las cosas había que hacerlas con la mayor responsabilidad, que en los días que corrían los errores se pagaban muy caro; dijo que el enemigo estaba esperando cualquier distracción nuestra para golpear, y que en tiempos de guerra era imprescindible afrontar cada hecho con absoluta seriedad.

«Sí, mi sargento; sí, mi sargento», repetía el cabo Leiva. Yo pensé con alivio, y acaso con egoísmo, que el detalle de la corrección de la falta de ortografía ya no iba a ser detectado.

III

Se obligó a no creer que en ese lugar podía haber alguien que cuidara de ella: ni el médico que pasó a verla porque sangraba de más, ni ninguno de los otros. Tampoco ese de voz más suave que aparecía en las mañanas, que a veces hasta le acariciaba la cabeza, ese que le hablaba de su chiquito y de la lista de nombres, ese que le decía que en la vida todo es dar y recibir. Tampoco ése, ése menos que ninguno.

IV

El sargento silabeó: «A-par-tir-de-qué-dad-se-pue-dem-pe-zar-a-tor-turar-aun-niño».

Después aplastó el cuaderno con un manotazo.

«¿Qué es esto?», exclamó. «¿Una adivinanza?»

«No, mi sargento», decía el cabo.

«¿Una prueba de ingenio?»

«No, mi sargento.»

«¿Una pregunta filosófica?»

«No, mi sargento.»

«¿O acaso está preparando el examen de ingreso para la Facultad de Medicina?»

«No, mi sargento.»

Recién entonces el sargento se aplacó. Le dijo al cabo Leiva que en lo sucesivo nunca dejara de registrar las comunicaciones en la forma debida: aclarando quién tomaba la comunicación, quién la dirigía y a quién la dirigía; y en el caso de que el mensaje tuviese cierta urgencia, como parecía suceder con este mensaje, era su obligación destacarlo con el simple trámite de escribir debajo la palabra «urgente», preferentemente en letra de imprenta, y en lo posible subrayándola dos o tres veces, hasta cuatro de ser necesario.

V

El de la voz suave venía cada tanto a decirle, como si fuese una lección o como si fuese un consejo, que en la vida todo es cuestión de intercambio: que el que da algo, recibe algo, y el que no da nada, lo pierde todo.

VI

La vida rutinaria exige al principio algún esfuerzo, pero al fin de cuentas, cuando se consigue la costumbre, resulta ventajosa. Yo supe adaptarme prontamente, en mis

funciones de chofer, al rigor de los horarios y a la disciplina. Entendí, y ése fue mi mérito, que si las cosas funcionaban era porque se las hacía siguiendo un método. El doctor Mesiano cierta vez me había dicho: dos fuerzas chocaron en la formación de la Argentina: una caótica, irregular, desordenada, la de las montoneras; otra sistemática, regular, planificada, la del ejército. El doctor Mesiano siempre me aconsejaba profundizar en mis conocimientos de la historia argentina, y sacar mis propias conclusiones.

VII

Sin dejar de admitir que había cometido un error, y sin dejar de comprometerse a no repetirlo, el cabo Leiva ensayó una explicación. Dijo que en realidad él no había querido transmitir el mensaje a un tercero, ya que en ese caso habría sabido ser más explícito. No se le escapaba que aquel que encontrara la nota, tal como él la había dejado, probablemente se quedaría sin entender del todo de qué se trataba el asunto en concreto. Pero ocurría que él no se había ausentado de su puesto más que por un rato. Había ido hasta la cantina para asegurarse algo de comer y algo de beber para la noche. Es cierto que las conjeturas sobre el próximo partido lo demoraron en conversaciones que no había previsto. Pero nunca había sido otra su intención que la del pronto regreso. Por eso, la anotación registrada en el cuaderno, más que una comunicación dirigida a alguna otra persona, era una especie de ayuda memoria que él había escrito para sí mismo, con el apresuramiento del caso. Quería estar seguro de poder transmitir la consulta recibida en los términos exactos en que la había recogido él. Para eso se valió del cuaderno de notas. El resto de la información, sin duda necesaria para la resolución práctica del problema, la retenía en su memoria sin precisar ninguna anotación. Pensó que la nota sería leída estando él presente. Pensó que no podía haber ningún malentendido.

«Hay que pensar menos, cabo», determinó el sargento Torres. «Sí, mi sargento», admitió el cabo Leiva.

VIII

Lo primero, a la mañana, era poner el coche en condiciones. Con un trapo rejilla había que secar las gotas del rocío de la noche y después pasar una franela que le sacara brillo a la chapa azul. En las madrugadas de junio, como era el caso, el auto amanecía cubierto de escarcha. Lo mejor era echar agua bien caliente para deshacer el hielo; después pasar el trapo, y después pasar la franela. No importaba lo reluciente que pudiese estar el coche. Había que cumplir con esta rutina. Solamente los días de lluvia justificaban su suspensión.

El aseo interior era tanto más importante. Con frecuencia nos tocaba caminar

sobre la tierra reseca, por lo que convenía quitar cada mañana las alfombrillas de goma y pegarles un par de sacudidas para desprenderles el polvo. Debajo de mi asiento guardábamos siempre un frasco de desodorante Crandall en aerosol: mi deber era echar en el auto una buena cantidad cada mañana.

No obstante esos cuidados cotidianos, el coche era llevado al lavadero una vez por semana, todos los lunes. Un día apareció una mancha en el tapizado del asiento de atrás, y hubo que hacer un lavado urgente esa misma noche. Terminé cerca de las diez, pero a cambio la mañana del lunes me quedó libre.

IX

El sargento se interesó por el contenido de las discusiones de la cantina. Preguntó al cabo si acaso alguien andaba queriendo poner en duda que la victoria sería, una vez más, de los argentinos. El cabo pronto le aclaró que no, que acerca de la victoria argentina nadie mostraba ninguna vacilación; pero que respecto de las maneras de obtener esa victoria existían distintos pareceres. El sargento quiso saber si aún persistían las sempiternas lamentaciones por las ausencias de Jota Jota López o de Vicente Pernía. El cabo respondió que aquellas rencillas se habían superado ya completamente, y que tanto Jorge Olguín como Osvaldo Ardiles concitaban una adhesión unánime de todos los argentinos bien nacidos.

X

A las seis y media en punto yo tenía que pasar a buscar al doctor Mesiano por la puerta de su casa. Para eso me levantaba a las cinco (en junio, las cinco significa la noche más plena). Media hora precisaba para mi propio aseo, media hora para el aseo del auto, y otra media hora para hacer el trayecto entre mi casa y la casa del doctor Mesiano. Él me esperaba ya listo en el umbral, fumando su tabaco negro. Me saludaba levantando una mano cuando me veía llegar. Yo le respondía desde el coche con un parpadeo de las luces altas. Con ese intercambio de señas nos bastaba y era todo nuestro saludo. Por eso, cuando el doctor subía al auto, ya ni los buenos días nos dábamos, y pasábamos directamente a conversar sobre los asuntos del día.

XI

Después el sargento volvió a señalar el cuaderno de notas y le pidió al cabo Leiva que se explicara. El cabo dijo que el llamado telefónico se había verificado entre las cuatro y media y las cinco de la tarde. Procedía de Malvinas, del Centro Malvinas, o sea de Quilmes. Quien llamaba era el doctor Padilla. Él personalmente. «Necesito hacer una consulta técnica», dijo. El cabo Leiva le pidió que lo aguardase un

momentito. Tomó la birome y abrió el cuaderno en una hoja sin usar. Quería anotar para no ser involuntariamente infiel a los términos de la consulta. El doctor Padilla dictó y el cabo Leiva escribió. «Les pido que me den una respuesta lo antes posible», agregó el doctor Padilla, «porque el tiempo apremia».

Es decir que, dejando el mensaje para que un tercero lo viese, el cabo Leiva habría agregado la palabra «urgente» y la habría subrayado por lo menos una vez. El doctor Padilla había dicho que no daba un centavo por la vida de la madre, y que los de la lista de espera empezarían a meter presión no bien supieran que el nene había nacido sanito y que, por lo que podía verse, iba a tener los ojitos claros.

XII

Había días muy tranquilos, sin gran cosa que hacer. Yo los pasaba en la oficina, con el sargento Torres o con el cabo Leiva, o conversando con el doctor Mesiano en la cantina.

Otros días, en cambio, eran bastante movidos y yo casi no me bajaba del auto. Eran días en los que el doctor Mesiano tenía que recorrer diferentes unidades. Entonces íbamos a Quilmes, íbamos a Lanús, íbamos a Banfield, íbamos a La Plata. Todo el día de acá para allá, donde fuese que lo precisaran al doctor Mesiano. A veces terminábamos tardísimo.

Para el caso era lo mismo: a las seis y media en punto de la mañana, yo lo pasaba a buscar al doctor Mesiano por la puerta de su casa. Que el día fuese liviano o intenso no importaba. Tampoco importaba a qué hora habíamos terminado el trabajo la noche anterior. Lo importante era llevar un ritmo metódico, porque en la vida, según decía el doctor Mesiano, todo es cuestión de método.

XIII

No era el que le acariciaba la cabeza. Era uno que le clavó el taco de las botas en los pies descalzos. Después se inclinó hacia ella para hablarle en voz baja. No precisó verlo para saber que se acercaba. Le oyó decir: «Esto no es un jardín de infantes». Le oyó decir también: «Acá los pendejos no duran». Después se calló, para ver si ella hablaba.

Cuando se fue, golpeando los tacos, ella quiso mover los dedos de los pies, pero no pudo.

XIV

El sargento Torres había razonado mal. Sus reflexiones sobre la infancia, lo que los chicos dicen y no dicen, estaban equivocadas. Yo lo sabía, y él sabía que yo lo

sabía. Pero puse gran esmero en hacer que las cosas siguieran su curso sin que nada nos recordase toda aquella filosofía ensayada por error. Esta clase de prudencia, aunque pueda parecer un detalle menor, era decisiva para que no se deteriorara el principio de autoridad.

Sin perder el más leve tenor de su energía habitual, el sargento Torres determinó: «Hay que hacer la consulta al capitán Mesiano».

«Sí, mi sargento», dijimos el cabo Leiva y yo, casi al unísono.

Mil novecientos setenta y ocho

I

Ese día, sin embargo, las cosas iban a salirse de su cauce normal. La apreciada regularidad que nos permitía ser como engranajes de una máquina que nunca falla iba a interrumpirse justamente ese día. Para dar pronta respuesta a la inquietud del doctor Padilla, que en el centro de Quilmes la esperaba con urgencia, el sargento Torres me ordenó que ubicara de inmediato al doctor Mesiano. Era necesario que se acercara cuanto antes a la oficina de comunicaciones y se pusiera en contacto con el doctor Padilla.

Pero el doctor Mesiano no aparecía por ninguna parte.

II

La formación de la Argentina: Fillol; Olguín, Galván, Passarella, Tarantini; Ardiles, Gallego, Kempes; Bertoni, Valencia, Ortiz.

III

Recorría los diferentes sectores de la unidad. Primero aquellos donde el doctor Mesiano podía llegar a encontrarse, según las actividades o las preferencias que yo le conocía. En ninguno de esos sitios estaba. Después, ya más inquieto y menos razonador, me puse a buscarlo por todas partes, incluso por algunos lugares inverosímiles, donde muy difícilmente el doctor Mesiano podía llegar a estar. Sucede a menudo que las búsquedas infructuosas nos enceguecen un poco, y terminamos fijándonos, por ejemplo, si un lápiz se nos quedó en una billetera, cosa imposible, o si las llaves del auto están apretadas dentro de una agenda, cosa improbable. A esa especie de obnubilación propia de las búsquedas vanas estaba llegando yo, a fuerza de no encontrar al doctor Mesiano.

IV

La formación de la Argentina (con especial atención a los nombres de sus integrantes): Fillol, Ubaldo Matildo; Olguín, Jorge Mario; Galván, Luis Adolfo; Passarella, Daniel Alberto; Tarantini, Alberto César; Ardiles, Osvaldo César; Gallego, Américo Rubén; Kempes, Mario Alberto; Bertoni, Ricardo Daniel; Valencia, José Daniel; Ortiz, Oscar Alberto.

V

En un primer momento, no quise preguntar a nadie por el doctor Mesiano. De alguna manera, presentía que él había incurrido en una falta, que el hecho mismo de que no se lo pudiera ubicar con prontitud ya implicaba una forma de incorrección de su parte. Cada integrante del servicio estaba obligado, sin que importara su función o su jerarquía, a reportarse sin demoras si se precisaba su presencia. Era uno de los requisitos fundamentales para que el sistema funcionara.

Sentí que, si preguntaba aquí o allá por el doctor Mesiano, lo ponía en evidencia. Extrañamente me encontraba encubriendo al doctor Mesiano, por leve o por inocente que fuese ese encubrimiento.

VI

La formación de la Argentina (con especial atención a las posiciones de sus integrantes): Fillol, arquero; Olguín, marcador de punta por derecha; Galván, marcador central por derecha; Passarella, marcador central por izquierda; Tarantini, marcador de punta por izquierda; Ardiles, mediocampista por derecha; Gallego, mediocampista central; Kempes, mediocampista por izquierda y delantero; Bertoni, delantero por derecha o wing derecho; Valencia, delantero y mediocampista por izquierda; Ortiz, delantero por izquierda o wing izquierdo.

VII

Claro que, por muy discreto que yo quisiera ser, más de uno me había visto pasar afanoso para un lado y para el otro. Era fácil deducir que yo estaba buscando a alguien. Y era fácil deducir que ese alguien era el doctor Mesiano, a quien yo tenía como referente y como jefe inmediato, era fácil deducir que se trataba de él y no podía tratarse de otro.

Por eso anduve por los distintos sectores de la unidad, los más habituales y los más desusados para mí, sin preguntar a nadie si había visto al doctor Mesiano o si acaso sabía dónde podía encontrarlo, y aun así más de uno me cruzó y me dijo, sin esperar a que yo preguntara, que en todo el día no lo habían visto, o que lo habían visto pero hacía por lo menos tres o cuatro horas, o que creían haber oído decir a alguien que se tenía que ir o que ya se había ido.

Yo no olvidaba que, mientras tanto, el sargento Torres me esperaba.

VIII

La formación de la Argentina (con especial atención a la procedencia de sus integrantes): Fillol, River Plate; Olguín, San Lorenzo de Almagro; Galván, Talleres de Córdoba; Passarella, River Plate; Tarantini, libre; Ardiles, Huracán; Gallego, Newell's Old Boys de Rosario; Kempes, Valencia de España; Bertoni, Independiente de Avellaneda; Valencia, Talleres de Córdoba; Ortiz, River Plate.

IX

Lugo era otro conscripto destinado a la unidad. Era una especie de asistente del coronel Maidana; no su chofer, porque no sabía manejar, sino su colaborador. Al igual que la mayor parte de los conscriptos, por no decir casi todos, tenía una posición bastante más relegada que la mía: no accedía a los lugares ni a las personas ni a los datos a los que yo accedía, porque a nadie le merecía la confianza que yo le merecía al doctor Mesiano.

Pero esta vez pudo permitirse conmigo un aire de superioridad, que tuve que soportar de mala gana. Entendió que yo andaba desconcertado detrás del doctor Mesiano. Admití que habíamos recibido una consulta técnica a la que él debía responder a la brevedad. Entonces Lugo pudo hacerme saber a mí, porque yo no sabía y él sí sabía, que el coronel Maidana le había conseguido al doctor Mesiano dos entradas de favor para el partido de esa noche. «Platea Belgrano alta», precisó, «sector B». Esas entradas provenían directamente de un obsequio del contralmirante Lacoste. Hubo que pasar a retirarlas enseguida, porque eran muy ambicionadas, por las oficinas de Viamonte.

De manera que, en el coche del propio coronel Maidana, conducido por otro conscripto de nombre Ledesma, el doctor Mesiano había abandonado la unidad hacia aproximadamente dos horas, y no era necesario hacer la aclaración de que ya no pensaba regresar en el día de la fecha.

X

La formación de la Argentina (con especial atención a la numeración de sus integrantes): Fillol, cinco; Olguín, quince; Galván, siete; Passarella, diecinueve; Tarantini, veinte; Ardiles, dos; Gallego, seis; Kempes, diez; Bertoni, cuatro; Valencia, veintiuno; Ortiz, dieciséis.

XI

Todo lo sentimental me ha resultado siempre despreciable. Tanto más durante aquel año en el que fui soldado: un año transcurrido entre las armas y los hombres. Pero mentiría si dijera que no me había afectado saber que el doctor Mesiano se había

ido sin mí. No dejaba de explicarme a mí mismo que el coronel Maidana lo había poco menos que arrancado de la unidad para que pudiese asegurarse las entradas para el partido. Aun así, sin embargo, me mortificaba que no me hubiese pedido que fuese yo quien lo llevara, conversando tal vez sobre el partido de la noche, en el Falcon reluciente que esperaba por él y no por mí.

XII

La formación de la Argentina (con especial atención a las fechas de nacimiento de sus integrantes): Fillol, 21 de julio de 1950; Olguín, 17 de mayo de 1952; Galván, 24 de febrero de 1948; Passarella, 25 de mayo de 1953; Tarantini, 3 de diciembre de 1955; Ardiles, 3 de agosto de 1952; Gallego, 25 de abril de 1955; Kempes, 15 de julio de 1954; Bertoni, 14 de marzo de 1955; Valencia, 3 de octubre de 1955; Ortiz, 8 de abril de 1953.

XIII

Pude cobrar conciencia entonces de lo mucho que me recelaban el sargento Torres y el cabo Leiva, y seguramente muchos otros que juzgaban que un simple conscripto como yo había llegado demasiado lejos. Lo toleraban a disgusto, sin dejar de pensar que no era lo que correspondía o lo que les convenía, tan sólo porque yo contaba con el respaldo del doctor Mesiano. El doctor Mesiano tenía mucho peso en la unidad. Pero también respecto de él, y yo alcancé a entreverlo aquel día, sentían algún recelo el sargento Torres y el cabo Leiva.

Cuando regresé a decirles que no había podido encontrarlo por ninguna parte, los dos mostraron, a un mismo tiempo, preocupación por ver que la consulta del doctor Padilla no sería respondida con celeridad, y regocijo por sorprender en falta al doctor Mesiano.

«Mire, soldado», me dijo el sargento, «aquí no estamos jugando. A los muertos no hay manera de hacerlos hablar. Necesitamos ya mismo la respuesta para el doctor Padilla». Me hizo saber que, si ese dato llegaba demasiado tarde, yo iba a estar en problemas, y se suponía que el doctor Mesiano también.

El cabo Leiva mientras tanto asentía y, por debajo de sus bigotes, me pareció notar una sonrisa.

XIV

La formación de la Argentina (con especial atención a la estatura de sus integrantes): Fillol, un metro ochenta y uno; Olguín, un metro setenta y cinco; Galván, un metro setenta y dos; Passarella, un metro setenta y cuatro; Tarantini, un

metro ochenta y dos; Ardiles, un metro setenta; Gallego, un metro setenta; Kempes, un metro ochenta y dos; Bertoni, un metro setenta y seis; Valencia, un metro setenta y nueve; Ortiz, un metro setenta.

XV

En el momento en que sintió la aspereza del caño apoyado en su nuca, encontró algún modo de resignarse a la muerte. Le dijeron que iban por fin a fusilarla porque se habían cansado de esperar que colaborara. Esa explicación casi final suponía, de alguna manera, una última oportunidad, una última interrogación. Pero ella siguió callando. De las muchas cosas que le advirtieron, en ninguna creyó, y eso la ayudó a no pronunciar ni uno solo de los nombres. De día o de noche, ya no lo sabía, la vinieron a buscar. Casi no le quedaba cuerpo donde pudiesen matarla.

Como le hablaron de fusilamiento, pensó en un pelotón y pensó en un lugar abierto. Liniers, Camila O'Gorman, José León Suárez, todo eso le pasó confusamente por la cabeza. Pero aquí empleaban fusilar por rematar. La arrastraron hasta un lugar tan cerrado y tan estrecho como su propia celda. No tuvieron que encapucharla, porque ya lo estaba desde un principio. No había un pelotón, sino un solo verdugo. Bastaba una persona para matar a una persona. Bastaba un solo revólver, puesto en medio de la nuca del que tenía que morir. Sintió el olor de la pólvora, y sintió el olor de la pólvora ya quemada, aunque no le hubiesen disparado todavía. Oyó que el percutor se movía y llegaba al tope. En la nuca percibió la presión del dedo sobre el gatillo, ya disparando.

Esperó que sonara un estampido, pero sonó un mero golpe del metal contra el metal. En un instante de pura irrealidad, pensó que así sonaba un disparo si se lo oía desde la muerte. Después entendió que no, que no le habían disparado. Hubo insultos y hubo risas, festejando el simulacro. Tras haberse resignado a que iba a morir, tenía que resignarse ahora a que la vida seguiría. Se sintió otra vez demasiado débil. Esa flaqueza indudablemente estaba en los planes, porque volvieron a interrogarla en ese preciso momento. Quiso pedir por el hijo, pero se contuvo. Le exigían los nombres, los nombres, los nombres. En las sienes la lastimaban sus propios latidos. Para no escuchar, para no decir nada, se puso a contar cuántos de esos latidos cabían en el transcurso de un minuto.

XVI

La formación de la Argentina (con especial atención al peso de sus integrantes): Fillol, setenta y ocho kilos; Olguín, sesenta y nueve kilos; Galván, setenta kilos; Passarella, setenta y un kilos; Tarantini, setenta y tres kilos; Ardiles, sesenta y dos kilos; Gallego, setenta y dos kilos; Kempes, setenta y seis kilos; Bertoni, setenta y

ocho kilos; Valencia, setenta y siete kilos; Ortiz, setenta kilos.

Ochenta mil

I

Ubicar al doctor Mesiano y hacer que respondiera a la inquietud del doctor Padilla se convirtió para mí en una cuestión de orgullo personal. Sentí que no debía permitir que una información se perdiera por culpa nuestra (cualquier falta del doctor Mesiano, si es que la había, yo la vivía como propia).

Pedí permiso al sargento Torres para retirarme de la unidad. Me llevaba conmigo el Falcon: me proponía encontrar al doctor Mesiano y conseguir que diera a tiempo su valiosa opinión profesional. Dije «a tiempo» sin saber del todo bien qué significaba exactamente una expresión así en esas circunstancias.

«Haga lo que tiene que hacer, soldado», dijo el sargento, pero no levantó la vista de unos papeles que revisaba.

Era invierno: anochecía cuando salí.

II

El tránsito en las calles se había enredado hasta volverse insoluble. Se trababa en todas las esquinas y por momentos quedaba completamente detenido. No había manera de apurar la marcha: la fila de coches atascados seguía hasta donde llegaba la vista. Los otros días de partido había pasado lo mismo: toda la gente salía de sus trabajos a la misma hora, para llegar a sus casas a ver el encuentro por televisión; ese apuro abarrotaba las calles de autos, y entonces los viajes por la ciudad, justo cuando se los quería más rápidos, demoraban el doble del tiempo normal, si no más. Hoy la historia se repetía, pese a ser sábado.

Para calmar mi ansiedad, prendí la radio del coche. Hacían conjeturas sobre el partido: mostraban cautela, pero no dudaban de la victoria argentina. Miré mi reloj y entendí que no podría llegar a tiempo hasta la casa del doctor Mesiano. Había tomado esa dirección sin estar nada seguro de cómo debía proceder. Yo nunca bajaba ni tocaba el timbre en esa casa, porque la costumbre era que el doctor me esperara ya listo en la puerta. Y al doctor nunca se le había hecho tarde. Quizás a esta hora no estuviese en su casa, quizás hubiese ido directamente al estadio, y yo cometía una grave imprudencia yendo a molestar a su esposa, fuera lo que fuese aquello que la mantenía apartada del mundo.

No sin alivio cambié de ruta: dejé el camino que llevaba a la casa del doctor Mesiano y torcí hacia la avenida del Libertador, que era el camino que llevaba hasta el estadio con menos demora.

III

Gracias a las reformas indicadas y luego supervisadas por el Ente Autárquico, la capacidad del estadio alcanzaba ahora a casi ochenta mil espectadores. Me costaba calcular lo que representaba esa cantidad de personas aglomeradas en las calles de un barrio. Pero no dejaba de comprender que, ante esa cifra desmedida, las probabilidades que yo tenía de encontrar al doctor Mesiano en el acceso al estadio eran tan pocas que incluso la imagen de la aguja en el pajar resultaba insuficiente.

Esa perspectiva ciertamente me desanimó, pero de inmediato consideré que yo contaba con el dato preciso del sector en el que debía buscar, y por lo tanto tomaba una porción de asistentes bastante menor que los ochenta mil del total. Me bastaría con recorrer los accesos de la calle Udaondo, y podía descartar los de Alcorta y los de Lugones.

Al fin de cuentas, admití, no tenía otra alternativa. Peor hubiera sido irme a mi casa, y peor aún permanecer en la unidad, soportando los reproches del sargento Torres, a los que pronto habrían de agregarse los del cabo Leiva, porque en esa clase de mortificaciones era raro que uno dejara de seguir al otro.

IV

Mi plan consistía en merodear las entradas a la platea Belgrano, que no eran tantas, sabiendo que el doctor Mesiano tarde o temprano tenía que pasar por ahí. Confiaba en verlo o en que él me viera. Ni siquiera le haría perder el partido: él podía darme la respuesta a mí, y yo me encargaría de hacérsela llegar al doctor Padilla hasta el Centro Malvinas de la ciudad de Quilmes.

Pero las complicaciones del tránsito en las calles fueron aumentando a medida que me acercaba a la zona del estadio. En la radio pasaban ahora la formación de la Argentina y la analizaban en sus pormenores. Me entretuve oyendo esa información, pero por momentos avanzaba a un exasperante paso de hombre. Y ni siquiera eso, porque los que iban a pie a ver el partido pasaban a los costados del coche y lo dejaban atrás. Muchos me saludaban, al ver que era un soldado, agitando sus banderas argentinas. Yo les respondí levantando los pulgares.

Dejé el Falcon a unas cuantas cuadras y seguí el camino a pie, al ver que de ese modo podría avanzar más rápido. Pero aun así, entre una cosa y la otra, terminé llegando demasiado tarde al estadio. Era casi la hora del partido cuando me encontré ante las puertas de la platea Belgrano. El doctor Mesiano, previsor como era, seguramente había ingresado hacia un largo rato.

Entonces me propuse esperar, y buscarlo a la salida.

V

Las luces blancas del estadio aclaraban con su reflejo los muros del Tiro Federal. En ese lugar, durante la instrucción, yo había hecho mis prácticas de tiro, y había recibido dos lecciones definitivas: la primera, que la puntería depende menos de una buena vista que de un buen pulso, que con buena vista y mal pulso lo único que se consigue es ver por cuánto se falló; la segunda, que no había que dudar en un disparo, que al que dudaba en matar, lo mataban.

Esa noche, por razones obvias, no se hacían prácticas en el Tiro Federal, y había como una ausencia de los estampidos de fogeo detrás de los muros que no dejaban que nada se viera.

VI

Durante dos horas, mientras durase el partido, se sabía que no iba a pasar nada. Si la Argentina ganaba, hasta podía suceder que la noche entera se fuese sin novedad. Era mejor no imaginar qué podía pasar si perdía. Pero eso nunca había ocurrido, y no tenía por qué ocurrir.

VII

Noté de pronto que la ciudad había quedado vacía. Repentinamente vacía: ni un solo auto, ni un solo colectivo, ni una sola persona caminando, nadie por ningún lugar. Supe así que el partido había empezado.

VIII

En el silencio de la noche, había que esperar que explotara un grito de gol. Un gol de la Argentina, como había pasado las otras noches, y quizá no habría ya más gritos, al menos hasta el día siguiente.

IX

En torno del estadio callado, sólo circulaban los policías. Unos cuantos a caballo y unos cuantos en moto. También pasaban los patrulleros. Los de los patrulleros mantenían a los demás al tanto de cómo iba todo, y a los más temerosos los alentaban a que tuviesen fe.

X

El llanto de una criatura puede hasta tapar las voces de una radio, por mucho que

esas voces exclamen y alboroten. Por suerte lloró y se lo trajeron, nomás para que no estorbara.

XI

Si uno miraba con atención las ranuras de las persianas de las casas, veía en todas ellas el brillo celeste de los televisores encendidos. Sólo así se advertía que la ciudad no había sido desalojada, que no era uno de esos episodios de las guerras en que todos los pobladores de un lugar lo abandonan y se marchan, sin dejar en él cosa alguna que pueda servir al enemigo que invade.

XII

Esa agua turbia y fría, a la que sin justicia llamaban caldo, traía por lo común unos pocos fideos, y a veces un pedazo de papa tan leve que flotaba. Aquella noche, sin embargo, eran tres los pedazos de papa, y había también un poco de algo que quizá fuese zapallo, y los fideos que venían no podían ser contados sin esmero.

Habían hecho eso contra Hungría, y después lo habían hecho contra Francia: seguramente no querían que la racha se cortara.

XIII

Sentí de pronto el hambre y el frío. Se levantó un viento cortante que empezó a arrastrar las tiras de papel que había por la calle, aunque sin hacer ruido con ellas. Busqué la diagonal para llegar a Libertador y meterme en alguna pizzería que hubiese quedado abierta a la espera de la salida de la gente cuando el partido terminara.

Antes de llegar a la plaza que había en medio de la avenida en diagonal, vi pasar un perro. Es poco lo que sé de razas de perros, reconozco tan sólo las más obvias, las que cualquiera reconocería. De este perro puedo decir que se parecía mucho al ovejero alemán, que no era un ovejero alemán pero se le asemejaba mucho. Me llamó la atención el modo en que se movía. Jugaba evidentemente con algún objeto, lo empujaba y luego lo perseguía, trataba y no podía apretarlo entre los dientes. Era la manera en que suelen jugar los gatos, no los perros; y sin embargo este perro estaba tan entretenido con ese asunto que en un primer momento ni siquiera me vio.

Me acerqué, pero no demasiado. Los perros me provocan desconfianza. Quedé, pese a todo, a una distancia suficientemente corta como para ver, bajo un golpe de luz, el brillo dorado de ese objeto que el perro llevaba y traía. Era un objeto muy pequeño, pero acercándome más, más de lo que suelo acercarme a los perros sueltos, alcancé a notar que se trataba de una moneda. Una moneda, me dije, o una chapita de gaseosa; pero como era dorada, pensé en una moneda.

Había quedado tan cerca, que el perro notó mi presencia. Me miró sin expresión. Estaba a punto de alejarme, cuando el perro se me adelantó y se alejó antes de que yo lo hiciera. Entonces fui a levantar la moneda para quedarme con ella: encontrar plata tirada es signo de buena suerte, y es también, al mismo tiempo, el primer efecto de esa buena suerte. Pero cuando me agaché a recogerla, vi que no se trataba de una moneda, sino de un anillo. Un anillo dorado con una letra «R» tallada en el anverso. Y en el borde interior, en una letra tan pequeña que apenas si alcancé a leerla bajo la pobre luz de la calle, decía: «Raúl y Susana», y un año: «1973».

Si ese anillo era, como parecía ser, de oro, valía mucho más que la moneda que me pareció ver en un principio. Sin embargo, la moneda me la hubiese metido en el bolsillo y me la hubiese llevado conmigo. Y al anillo, no sé por qué, lo tiré en el arenero de la plaza y después lo tapé a patadas con arena, primero lo tapé y después revolví todo con mis botas de soldado, hasta estar bien seguro de que no podría volver a encontrar ese anillo, ni siquiera en el caso imposible de que me pusiese a buscarlo.

Veinticinco millones

I

Di con una pizzería abierta antes de llegar a Congreso. Como era de prever, estaba vacía, o casi vacía, en realidad, porque al menos una de las mesas del local estaba ocupada. Un hombre solo, de edad difusa, se demoraba delante de un sifón de soda y una porción de muzzarella. Sobre la mesa estaba su correspondiente radio portátil. Por no hacer barullo, o por ganar en concentración, aquel hombre tenía un audífono metido en la oreja izquierda. Al pasar junto a su mesa, le pregunté cómo iba el partido. «Cero a cero», me dijo, sin agregar nada más.

En la pared había dos estufas encendidas, que no alcanzaban a entibiar el aire del lugar. La llama azul producía un zumbido muy leve, que sin embargo se oía.

II

Ante un contrario que agrede por medio de contraataques, lo conveniente no es presentar una defensa en línea, ya que la misma puede verse fácilmente rebasada, sino disponer un orden defensivo escalonado.

III

La mujer que atendía era tan pequeña que apenas si se la llegaba a ver detrás del mostrador. No se acercó, sin embargo, ni salió de ahí atrás, para preguntarme qué se me ofrecía. Tampoco precisó alzar la voz para que la oyera. Le pedí una Coca-Cola y dos porciones de muzzarella. «¿Fría o natural?», consultó, se entendía que la Coca-Cola. «Natural», le dije.

Ella misma se ocupó de calentar las dos porciones de *pizza* y de traerlas hasta mi mesa junto con la botella de Coca-Cola. El problema de pedir porciones sueltas es que en esos casos acostumbran recalentar una *pizza* ya cocinada desde vaya uno a saber cuándo. Pero el hambre que yo tenía ayudó a que me pareciera que todo estaba bien.

Hasta tanto terminara el partido, la mujer no esperaba que nadie más entrase en la pizzería. En sus cálculos, era evidente, ni siquiera estábamos el hombre de la radio y yo. Pero en un momento determinado, cuando yo ya casi terminaba con lo mío, entró un policía. Pasó sin saludar entre las mesas y se arrimó al mostrador para apurar, de parado nomás, un vaso de vino y un par de empanadas. Le pidió a la mujer que pasara un trapo por ahí arriba, para poder apoyar su gorra con más confianza. De pronto

interrogó: «Diga, señora, ¿y el partido?». Yo tampoco hubiese imaginado que podía faltar una radio encendida en este lugar. Siempre detrás del mostrador, la mujer dijo: «Es cábala, nomás, agente, para que hoy ganen los nuestros. Contra los tanos en Alemania acá mismo me escuché la transmisión, y el partido se nos iba si no era por Houseman».

El policía tragó y tomó un sorbo final, sin dar la explicación por buena ni por mala. Se dio vuelta y le apuntó al hombre de la radio. «Oiga», le dijo, «¿cómo va la cosa?». El otro repitió sin énfasis: «Cero a cero». Entonces el policía sacó una servilleta de papel de un vaso que había sobre el mostrador, se la pasó por los bigotes, volvió a ponerse la gorra, la calzó de un tirón, y salió otra vez a la calle, a la noche y al frío, sin despedirse y sin pagar.

IV

Cuando el contrario presenta una defensa cerrada, conviene no ensayar ataques aéreos frontales, porque se vuelven fáciles de neutralizar y terminan por desmoralizar al bando atacante.

V

Estaba a punto de irme, con la intención de buscar un lugar donde escuchar el partido, cuando el hombre de la otra mesa se paró y pasó en dirección al baño. Dejó sobre la mesa la radio y el audífono. Los baños estaban bien al fondo, por un pasillo que había al costado del mostrador. Entonces sentí un impulso difícil de explicar. Me levanté y me acerqué a la otra mesa. Yo no era tímido, pero tampoco confiado, y lo que estaba haciendo me resultó un tanto impropio. Tal vez me venció la ansiedad por escuchar un poco del partido, tal vez me confié al saber que nadie me estaba viendo. Tomé el audífono de aquel hombre, lo limpié frotándolo contra mi pulóver, y me lo puse en el oído. No conozco nada, nada en absoluto sobre música clásica, así que no puedo decir si lo que aquel hombre escuchaba en una sola oreja era Mozart, Beethoven o qué.

Con un sobresalto dejé el audífono en su lugar y regresé a mi mesa. Pronto el hombre salió del baño. Ocupó su lugar y volvió a colocarse el audífono. Me pareció que me miraba, y quise irme. Pedí la cuenta, pero la mujer se negó a cobrarme y descartó mis argumentos. Le di las gracias y enfilé hacia la puerta. Al pasar, le pregunté a aquel hombre si había alguna novedad.

«Ninguna», me dijo, cubriendo con una mano el oído que le quedaba libre.

VI

Con frecuencia, los contrarios ensayan movimientos engañosos en el campo. Así, por ejemplo, ocupan posiciones ofensivas por el flanco derecho, cuando su verdadera intención es atacar por el flanco izquierdo. En ese caso, el bando defensor puede igualmente aparentar el fortalecimiento defensivo de un sector y el descuido defensivo de otro, pero en realidad está listo a cubrir las posiciones presuntamente debilitadas y a rechazar el ataque en la zona en la que se sabe que en verdad va a producirse. De esta manera, se neutraliza una maniobra engañosas, no con una maniobra verdadera, sino con otra maniobra engañosas.

VII

En una esquina oscura vi pasar a una chica que lloraba. Apenas si vi su cara, porque pasó corriendo. Me pareció que corría al límite de sus fuerzas, pero ni siquiera eso le bastaba, y estiraba los brazos hacia adelante, volcaba todo su cuerpo hacia adelante. Ella a mí no me vio, porque nada veía. Los ojos los tenía perdidos, también hacia adelante.

Se me cruzó inesperadamente, en medio de la calle vacía, cuando yo caminaba hacia el lugar donde había dejado el auto. La vi otra vez un poco más allá, en otro claro de luz; después la vi tropezar y caerse al suelo, la vi casi rebotar en el suelo para volver a pararse y volver a correr, como si caerse no formara parte de las cosas que podían sucederle.

Dos veces más reapareció en los claros de luz de la calle, siempre corriendo, cada vez más distante. Yo me quedé parado, sin dejar de mirarla. No se veía a nadie más en ninguna parte. Hacia el final de la calle, la chica desapareció, en un pasaje abandonado que llevaba a la estación del tren.

Yo calculo que tenía, como mucho, quince años.

VIII

Cuando se va en persecución de un contrario, no es conveniente ponerse justo detrás de él. Su propio cuerpo se convierte así en un obstáculo que dificulta la visión y nos impide darle alcance. Lo más adecuado, si se cuenta con la fuerza suficiente, es abrirse de la línea de carrera y sobrepasarlo por un costado, adelantar un buen tramo y ganarle metros, y recién entonces girar para ofrecerle un punto de choque desde una posición frontal.

IX

A la altura de Campos Salles había, y todavía hay, dos descampados. Les habían levantado unas paredes de cemento alrededor para que desde afuera no se notaran los

yuyos y los escombros. Sobre esas paredes después se pusieron afiches de propaganda. Ahora no quedaba ninguno que estuviese entero y pudiese leerse bien, porque al parecer la gente que pasaba hacia el estadio los iba arrancando y los dejaba hechos jirones. Colgaban hacia afuera las grandes tiras de papel, como si fuesen los muros los que se estaban desgajando.

No había basura en los descampados, porque los carteles que prohibían terminantemente arrojarla eran esos que no pueden arrancarse. Pese a no haber basura, había ratas. Ahora que las calles estaban vacías, se las podía oír ahí adentro. En el silencio de la ciudad sin gente, se las sentía mover los pastos, y sonaban como los pasos de una persona que deambulara sin ningún lugar adonde ir. Prestando un poco más de atención, se alcanzaba a percibir los chillidos de las ratas. Se parecían mucho a los gemidos de una persona que quiere y no puede contener un sollozo. Eran muchas las ratas, o era mucho lo que se movían; o acaso, habiendo ratas, había también gatos que las perseguían. Al pasar a la altura de los descampados, sentí además el ruido de un golpe en el lado de adentro de la pared. Seguramente uno de los gatos, en el momento de dar el salto para caer sobre una rata, había movido un pedazo de escombro y lo había hecho chocar contra la pared, y por eso desde afuera yo justo que pasaba había escuchado el golpe, ese golpe que me había hecho pensar en una persona que daba una trompada en una pared, porque por raro o por inútil que parezca, a veces una persona se desespera y al desesperarse da una trompada en la pared, y ese golpe suena igual que aquel golpe del escombro sobre el muro del descampado, cuando el gato pegó el salto para cazar a la rata y lo sacó de su sitio y lo hizo caer.

X

Cuando el contrario es fuerte en los ataques por vía aérea y supera en altura a las posiciones defensivas, se deben obstruir los puntos de lanzamiento, para neutralizar de esa manera los tiros por elevación antes incluso de que se produzcan.

XI

Otra de las ventajas del Ford Falcon, por sobre los demás modelos y marcas, es que no hacía falta poner en marcha el motor, ni tampoco poner el coche en contacto, para que funcionara la radio. Como mi intención no era todavía la de circular, sino la de escuchar lo que quedase del partido y hacer tiempo, me metí en el auto estacionado y puse Rivadavia.

El frío de la noche de junio hubiese justificado el uso de la calefacción, pero con el motor apagado el aire no llegaba a calentarse, y no quise gastar nafta inútilmente o dar vueltas por las calles de la zona sin necesidad, sólo por no pasar un poco de frío.

Al fin de cuentas, tenía puesto un pulóver, y además del pulóver una campera robusta que no hubiese desestimado en las noches de guardia, noches enteras pasadas a la intemperie, durante el período de instrucción.

De cualquier forma, los vidrios del coche cerrado no tardaron en empañarse. Me resistí a pasar un dedo y escribir cualquier cosa sobre el vapor, que es un hábito de infancia que nunca se pierde del todo, y también a frotar con una franela el lado de adentro del parabrisas para despejar la visión. A través del vidrio empañado, la calle era, todavía más, una mezcla de sombras indiscernibles. Mirando así, de pronto se tenía la impresión de que una sombra se movía, que pasaba con sigilo de un lugar a otro; cosa imposible, porque en esa calle, al igual que en las otras, no había nadie y todo estaba quieto, y la apariencia de algún movimiento se debía sin duda a mi sugestión, alentada por la indefinición del vidrio que se esmerilaba con el choque del calor de adentro y el frío de afuera.

XII

La marcación personal constituye, por cierto, un sistema defensivo de mayor eficacia. Pero también supone un reconocimiento de hecho de la peligrosidad de los contrarios, lo que afecta negativamente la disposición anímica del bando defensor. La marcación zonal, en cambio, aunque ofrece mayores brechas defensivas, se basa ante todo en el control espacial del propio terreno. La defensa se afirma así en un sector del campo que está bajo su dominio y que el contrario tiene todavía que conquistar.

XIII

Salí del coche cuando todavía faltaban unos diez minutos. Caminé sin apuro y mirando para arriba. Miraba para arriba porque sería una especie de clamor del cielo lo que me haría saber que finalmente habíamos empatado.

XIV

Cuando se enfrentan dos fuerzas de poderío semejante, son los artilleros los que desequilibran. De existir uno que desnivele y venza, en caso de gran paridad, será aquel cuyo artillero se encuentre más atento o más inspirado, o mejor considerado por la fortuna.

Cero uno

I

En filas desparejas se desconcentró la multitud callada. Era una larga procesión de cabizbajos, que no mostraban llanto por no ceder el gesto del que es bien hombre, pero que tampoco hablaban ni levantaban la vista. Se oía tan sólo el rasgado del andar sobre el pavimento o sobre las baldosas de las veredas, porque los pies tampoco los levantaba nadie, y al arrastrarlos se arrastraban los papeles rotos, la mugre general de los días de partido, los pedazos de cualquier cosa.

No había semblante en que faltara la pesadumbre. En el desfile continuo de las caras sin sosiego, se veía la tristeza multiplicarse por miles. Yo iba viendo, también callado, la manera en que pasaban incesantes los desconsolados: tanta gente, tantos miles, y nadie tenía palabra alguna que decir.

II

Yo no era más que un soldado, un soldado conscripto, y al cabo de un año ni eso sería. Pero alcanzaba, con todo, a darme cuenta, porque en eso me fijaba y reparé, de que el que llegaba un poco más lejos y se hacía un nombre, más temprano que tarde generaba envidia y malestar. Así pasaba muchas veces con el doctor Mesiano. Sus colegas eran los primeros en mirarlo de costado, por más que persistieran en la cordialidad del trato entre pares. Por doctores y por oficiales, le guardaban consideración y cuidaban las formas. Pero el doctor Mesiano sabía más y decidía más que muchos de ellos, y más de uno estaría esperando que algo le pasara y cayese en desgracia.

III

Iban mudos en su desolación los miles y miles que pasaban de regreso. Iban peor que mudos: iban murmurantes. Muchos tenían un temblor casi invisible en las bocas, que no llegaban a abrirse. Parecían rezar, pero no rezaban, porque ya habían rezado antes de salir y no había servido para nada. No rezaban porque eran todos, ahora, unos incrédulos: no podían creer lo que había pasado, aunque con sus propios ojos acababan de verlo, y entonces sentían que ya no podían creer en nada más. En las bocas, sin embargo, les quedaban, inútiles ahora, las formas del rezo pasado, y las repetían como autómatas, sin un fin y sin un sentido definidos.

IV

Tampoco el doctor Padilla, por ser doblemente un colega, habría de destratar al doctor Mesiano. Emplearía con él, como lo hacían todos, las fórmulas del respeto y el gesto amable. De no verse, le haría llegar un abrazo, y de verse, se lo daría. Dejaría de preguntar por su señora esposa, que en eso consistía, si del doctor Mesiano se trataba, la consideración cordial. Todo esto era así, y así sería. Pero si, por una de esas cosas, llegaba a suceder que algo se complicaba en el centro de Quilmes, y si tal complicación tenía su gravedad, el doctor Padilla no dejaría de evidenciar la responsabilidad que al doctor Mesiano en eso podía caberle; un poco para cubrirse él y aliviarse de su propia responsabilidad, y otro poco para descargar el rencor que tuviese acumulado.

V

No eran ellos los portadores de la noticia porque, quién más, quién menos, la noticia ya era sabida por todos. El que no había visto por la televisión las imágenes de lo que había pasado se había enterado, como yo, por las transmisiones de radio. Ellos eran los que, como digo, lo habían visto todo con sus propios ojos, ellos eran los testigos directos. Al verlos salir abrumados, abatidos del estadio, pensé que extrañamente tenían, a un mismo tiempo, la apariencia de los inocentes y la apariencia de los que no son inocentes.

No podían explicar, por el solo hecho de haber estado ahí, cómo era que había pasado lo que nadie podía suponer que fuese a pasar. En sus casas esa misma noche, o en sus lugares de trabajo durante los días siguientes, les iban a pedir alguna explicación; pero ellos no la tendrían. Mucho menos tendrían una palabra de consuelo que dar: ahora caminaban amuchados por el frío, de a cientos, de a miles, y no conseguían animarse unos a otros.

Sólo eran portadores de la pena que sentían: con ella a cuestas volvían a una ciudad que, con la misma pena, los esperaba.

VI

El doctor Mesiano siempre me decía que a la historia era inútil pensarla desde meras suposiciones: lo que importaba era lo que efectivamente había pasado, y no lo que podría haber pasado o lo que debería haber pasado. Por esa razón se negaba a considerar, por ejemplo, cómo hubiesen sido las cosas si las invasiones inglesas no hubiesen sido rechazadas, o si San Martín no le hubiese cedido la gloria a Bolívar en Guayaquil, o si Urquiza no hubiese vencido a Rosas en Caseros, o si Mitre no hubiese

vencido a Urquiza en Pavón.

Y sin embargo, en contra de tales convicciones, el doctor Mesiano ahora decía que si en el arco esta noche hubiese estado Gatti, y no Fillol, el remate decisivo no hubiese llegado a destino, porque Gatti jugaba debidamente adelantado, y no debajo de los tres palos, como Fillol.

VII

Era una especie de infinita marcha fúnebre, uno de esos fenómenos excepcionales de tristeza general; sólo que esta marcha no tenía un punto de llegada adonde dirigirse: se extendía por todas partes, se dispersaba por todas partes. Si a los que salían del estadio, después de asistir a lo que había pasado, los hubiesen dejado librados a su propia voluntad, se hubiese visto que no tenían voluntad: se hubiese visto que se ponían a deambular sin sentido, a dar vueltas igual que se le da vueltas a un problema que no tiene solución.

Pero aquí la desazón se derramaba con un orden, porque para eso estaban los vallados infranqueables, y las motos de luces brillantes, y los caballos quietos pero inquietos, señalando los lugares por donde se podía pasar y por donde no se podía pasar. Y así los que vivían en el oeste llegaban al cuarenta y dos, los que vivían en Pacheco llegaban al quince, los que vivían en la Boca llegaban al veintinueve.

VIII

Siempre tuve por seguro que a la profesión debía ir unido, una cosa con la otra, el orgullo profesional, y que el orgullo profesional iba a su vez unido al celo profesional. Eso pensaba y eso pienso, aunque no tengo todavía una profesión (voy a tenerla: estudio medicina), porque me parece evidente que el orgullo profesional ayuda a que los deberes se cumplan con mayor eficacia. Claro que, cuando no se actúa exclusivamente a título personal, digamos por ejemplo en un consultorio privado al que acuden pacientes particulares, sino que se forma parte de un sistema conjunto, hay que entender que en una máquina cada engranaje funciona en relación con otros engranajes, y que en esa máquina, al igual que en cualquier motor, hay piezas más importantes y piezas menos importantes.

IX

El doctor Mesiano, muy dado al análisis de tácticas y estrategias, no afirmaba del todo la idea de que la erradicación, inconsulta pero impostergable, de la villa miseria del Bajo Belgrano, pudiese haber afectado el rendimiento de René Houseman. Tampoco se decidía, de todas formas, a abandonar su teoría de la adaptación

geográfica, una teoría según la cual un individuo habría de alcanzar un rendimiento mayor si se desempeñaba en su ámbito de origen; tanto más que en Alemania, por ejemplo, donde todo le es tan distinto. Dubitativo, se inclinó por pensar que a Houseman lo habían hecho entrar demasiado tarde esta noche, y que no había tenido tiempo para desarrollar sus aptitudes con plenitud.

X

Para que la desconcentración fuese tan pronta como ordenada, se contaba además con una serie de micros escolares, en los que oportunamente se habían colgado carteles bien visibles anunciando «Retiro», «Liniers» o «Constitución». Los que por costumbre voceaban estos mismos destinos, esta noche callaban, ganados por el mismo dolor que todos teníamos. Esos micros anaranjados, que apenas unas horas después estarían llevando a decenas de niños desolados a las escuelas de la ciudad, se colmaban ahora con decenas de adultos igualmente desolados. Sus gestos adustos y ausentes, dispuestos en estos micros, adquirían un aire muy propio de la infancia.

XI

Habitualmente, los últimos en deponer el entusiasmo o la esperanza, incluso en medio de los mayores infortunios, eran los vendedores de banderas argentinas. No hay por qué suponer que se tratara de una alegría fingida o interesada, porque el que lleva una bandera argentina en alto no puede estar fingiendo o calculando réditos. Esta noche, sin embargo, se había puesto tan doliente para todos que, en presencia de tamaña desazón, también los vendedores de banderas callaban y se quedaban largamente mirando el suelo.

XII

Mi memoria es muy precisa, sobre todo cuando se trata de nombres. Pero aun así, el doctor Mesiano me admiraba con su capacidad para recitar listas enteras de personajes de la historia, especialmente de la historia argentina, que habían tenido una actuación destacada en la política o en la guerra, si es que cabía hacer tal distinción, siendo todavía muy jóvenes. De ese modo demostraba que eran muchos los casos de quienes, antes incluso de llegar a cumplir los veinte años de edad, habían conseguido sobresalir y rendir valiosos servicios al país. «Hay que contar con los jóvenes», decía siempre el doctor Mesiano, y esta noche en particular, después de repasar sus listas de ejemplos debidamente memorizados, concluía: «Ha sido un grave error hacer a un lado al pibe Maradona». De Bravo y de Bottaniz no decía nada, ni siquiera los mencionaba, pero en cambio insistía en que había sido un grave

error tener prejuicios con los más jóvenes y en consecuencia apartar al pibe Maradona. Y decía así: «el pibe Maradona», como si en el acto de pronunciar un nombre se pudiese dar una palmada de afecto.

XIII

¿Qué es la medicina, finalmente? Yo estudio medicina. La medicina es una ciencia del cuerpo humano. Es un saber sistematizado acerca del cuerpo humano, que a veces se aplica sobre su medianía, sobre el nivel promedio de lo que se considera la normalidad, y otras veces se aplica sobre sus límites, sobre los niveles a los que un cuerpo puede ser llevado.

Hay un hecho indiscutible: si el doctor Padilla hubiese contado con el conocimiento suficiente para establecer con certeza un límite determinado, si su competencia profesional le hubiese permitido indicar taxativamente una pauta, fuera ésta de dos meses, de seis meses o de dos años, entonces ni siquiera habría hecho falta recurrir al doctor Mesiano. Pero al doctor Mesiano habían tenido que consultarlo, y con urgencia; y por eso yo ahora con tanta insistencia lo buscaba. Necesitaban de él. Y eso los obligaba a tenerle una consideración diferente. Era una de esas personas que sabían resolver problemas médicos, en tiempos en que sobraban los problemas médicos.

XIV

Los que decían, y yo los he oído, que eran todas iguales las caras en esa muchedumbre, los que decían que en esa muchedumbre una cara daba lo mismo que otra, juzgaban a distancia, sin aproximarse lo suficiente. Yo los había visto llegar, ilusionados, y cada cual era feliz a su manera. Ahora era el sufrimiento lo que los igualaba. Se parecían en el dolor y la preocupación; por desolados se parecían todos. Al regresar pesarosos se unían en una misma forma de la amargura. Pero esa amargura iba más allá de ellos, porque idéntica se apoderaba de todos; iba más allá de ellos, más allá del barrio del bajo, más allá de la ciudad, y estaba en todas partes.

Las caras se parecían en la peregrinación oscura y desconcertada. Mi propia cara se volvía seguramente igual. Pese a todo, cuando ya empezaba a perder las esperanzas, en el sector indicado alcancé a distinguir, casi como por milagro, la cara severa del doctor Mesiano.